

Juan Francisco Ferré

Revolución



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: © Dionisio González. www.dionisiogonzalez.es

Primera edición: mayo 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Del poema «Nocturna bola», C. Velasco Rengel, 2019

© Juan Francisco Ferré, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9878-1

Depósito Legal: B. 9900-2019

Printed in Spain

Black Print CPI Ibérica, SL, Torre Bovera, 19-25

08740 Sant Andreu de la Barca

El mundo no camina hacia su destrucción sino hacia su renacimiento.

Reinicio.

Nada. No soy nada. Solo un paquete de carne en mal estado. Mal nutrida, mal envasada, a punto de consumirse.

Para las religiones, nada más que un saco de podredumbre y corrupción.

Para la neurociencia y las ciencias cognitivas, un error sin sentido, un cerebro que apenas si puede comprender sus motivaciones, sus deseos, sus razones, sus procesos, sus emociones y sentimientos.

Nacido para sufrir y morir, mientras la vida se me escape en el tiempo sin poder vivirla. Imposible.

Si nada de lo que haga o piense es realmente mío, ni responde a necesidades humanas, puro producto de las ilusiones y fantasías de mi yo, esto más que una prueba de mi debilidad debo considerarlo una demostración de fuerza y, sobre todo, una garantía de libertad.

Es el futuro. El tiempo de la libertad absoluta. El tiempo de la revolución.

GABRIEL ESPINOSA

DÍA 1

El aburrimiento.

El aburrimiento.

Estoy realizando uno de mis experimentos más delicados. Paseando por estos pasillos en pos de mujeres desconocidas. No busco mucho. Solo interrogar su mirada. Pararme delante de ellas con cualquier excusa y mirarlas a los ojos. Durante un segundo transmitirles la idea de que no hay nada en mi gesto que deba preocuparlas. Mientras tanto, mis ojos leerán en los suyos la información preciosa que atesoran. El aburrimiento. El deseo insatisfecho. El placer con el que tocan los objetos, con que examinan los precios o las etiquetas, la curiosidad que sacian recorriendo planta tras planta estos grandes almacenes, todo eso guarda una información, puede traducirse a un código preciso cuya lectura mis ojos encomiendan al azar. Mi método es simple. Se parece a una cacería. La fase ojeo es la primera. Las observo desde lejos, paradas frente a una estantería, consultando a una empleada, revisando los colores de unas sábanas, las cualidades de un electrodoméstico o el plisado de un mantel. Las elijo por razones establecidas de antemano. La ropa, el pelo, la cara, la forma de sostenerse sobre los pies o de apoyar las manos o los codos. Me acerco con cautela. Las rodeo. Mi asalto comienza por la espalda, las recorro de arriba abajo, me pierdo en

los detalles, las pantorrillas, las nalgas, los pechos, al entrar en su campo de visión ya no hay marcha atrás. Con gran decisión, miro su boca, su nariz, y ya sin rodeos enfrento sus ojos. El tiempo de su respuesta forma parte del experimento. Unas no tardan en esquivar mi mirada, otras me miran fijamente para rechazarme, otras muestran interés o lo fingen, creyendo que tengo algo importante que decirles, un consejo, una sugerencia, incluso una pregunta. Piensan que podrían servirme de ayuda llegado el caso. Imposible. Solo me interesa la información cifrada en su mirada. Los datos que extraigo a toda velocidad de sus ojos. Los valiosos datos que almaceno en mi cerebro antes de clasificarlos en alguno de sus compartimentos para estudiarlos después, cuando esté solo y nada pueda perturbar su análisis. Solo hay algo que puede estropear esa primera lectura. De pronto pienso en Ariana, mi mujer. Por qué no está aquí. Dónde está. Con quién. Haciendo qué. Esa pregunta es la única que puede traicionarme cuando miro a los ojos de una mujer extraña cuyo único error es haber aceptado carearse conmigo sin preguntarse antes por mis intenciones. Cuando detecto que buscan intimar, que su deseo se transmite a mí con la nitidez con que sopesan los artículos que han reclamado su atención, es cuando me digo que es hora de interrumpir el experimento. No me interesa ir más lejos. Solo persigo obtener un código borroso que deben transmitirme sin darse cuenta, cuando se vuelven transparentes para el observador, distraídas con la compra, la gestión de tarjetas y la adquisición de objetos. Es entonces cuando aparezco en escena sin avisar y les robo todos sus secretos. El aburrimiento, sí, el aburrimiento. El mío y el de ellas. Este juego se basa en el aburrimiento. Como todos los juegos del mundo.

No sé si han estado antes con otros hombres, jugando en una habitación con hombres que no eran sus maridos, o que podrían serlo. No me preocupa. Sé que están aquí porque, hayan estado o no en esa situación comprometida, no encontraron allí todo lo que buscaban o esperaban encontrar. Esa información es la que atesoran sus ojos y solo yo sé extraerla de ellos, accediendo a su psique sin violencia. Esa información

personal no vale nada en el mercado, pero para mí sí. Mucho. Es uno de mis experimentos preferidos, pero no el único. Desde que decidí jugar a este juego con la realidad, es el que más me divierte. Al menos hasta que el recuerdo de Ariana, esa misma mañana, guiñándome un ojo desde detrás de una taza de café, durante el desayuno, me devuelve a la realidad.

Regreso a casa con las manos vacías, pero cargado de información. Como siempre. Ariana no ha vuelto aún. Cada uno de los niños está encerrado en su habitación entregado a actividades que se me escapan y apenas me preocupan. Esas actividades son tan inofensivas para el orden del mundo como quizá mis experimentos. Pero al menos estos me mantienen vivo, en contacto con la realidad exterior. Nutriendo mi cerebro de una información que algún día alguien sabrá utilizar con fines inimaginables para mí.

Me desnudo, me ducho, enciendo la televisión del dormitorio. Mi ánimo no está preparado ahora para la dosis de información banal que un telediario vespertino puede transmitir. Esa visión del mundo tergiversada por la necesidad de preservar la ingenuidad de los espectadores. Tampoco un concurso donde un desconocido gane millones para realizar sus sueños. Sueños que a mí me dan escalofríos.

Me siento en el borde de la cama, desnudo, a esperar el regreso de Ariana. Pasan dos horas y no me entero. He debido de estar procesando toda la información acumulada durante la mañana y la tarde en mis paseos por los grandes almacenes y las tiendas del centro. No estoy en paro. Soy un funcionario en excedencia. Al principio estuve de baja por depresión. Y luego solicité la excedencia voluntaria. No aguantaba más. Era profesor. Profesor de filosofía en un instituto de barrio. Llevo así ocho meses y, desde el primer día, no he perdido un minuto de mi vida. He aprovechado todo ese tiempo para ponerme al día y actualizar mis conocimientos. Tras años de dedicación profesional y familiar, con vacaciones igualmente desperdiciadas, me había desconectado de la realidad hasta el punto de creer que la vida era esto. Trabajar para mantener a mi familia y pagar deu-

das de la casa y del coche o de las vacaciones en lugares gregarios. Mi depresión era una forma de rebelión contra la gran costumbre de vivir. Ariana lo sabe y me lo hace pagar a su deliciosa manera. Ella también está deprimida, como yo, pero por razones distintas. El amor que nos profesamos desde hace casi catorce años sigue intacto, pero yo he cambiado tanto desde que esto empezó que no sé si ella sabría reconocer mis sentimientos en este momento. Imagino que si pudiera verlos esquematizados en una gráfica o en una pantalla de ordenador daría un paso atrás horrorizada. O asqueada. O escandalizada.

Ariana es guapa a su manera especial y posee aún, a sus cuarenta y un años, un cuerpo espléndido y sensual que se empeña en encubrir bajo vestidos amplios, de telas y colores neutros, que disuaden a la mirada masculina de proseguir cualquier avance hacia su intimidad excepto cuando ella acepta ser seducida y su conducta abandona entonces toda restricción o límite. Desde la primera vez que la vi supe que mi deseo hacia ella, no era amor todavía, sería siempre inversamente proporcional a la cantidad de información que su cuerpo transmitía sobre su estado o sus procesos. Con el tiempo, aprendí que era su forma discreta de relacionarse con los otros, no menos apasionada que la de tantas mujeres que hacen de la exhibición y la ostentación de atributos carnales un imperativo sexual. Para muchos amigos nuestros, Ariana pasa por ser una mujer reservada, distante, enigmática, pero no por ello menos atractiva para conocidos y desconocidos. Tocarla, para mí, se ha convertido en todos estos años en una extraña necesidad, como apretar en el puño un cubito de hielo hasta que se funda contra mi piel.

Oigo cerrarse la puerta de la entrada y cuento los minutos que tarda en subir la escalera, saludar a cada uno de nuestros tres hijos encerrado en su cuarto, interesarse por lo que están haciendo, caminar por el pasillo hasta nuestro dormitorio, descalzarse antes de entrar, abrir la puerta y sentarse a mi lado en la cama sin decir nada. Mirar la tele unos segundos, robarme el mando a distancia, apagarla, empezar a desnudarse y abrazarme antes de que, una vez más, mientras eyaculo en su vagina mirando su

cara para recordarla después, cuando el insomnio se apodere de mí y me obligue a buscar distracciones mentales en la oscuridad, pensando en todo lo que habrá hecho durante el día y no en el cuerpo de las mujeres que he examinado hoy, me pregunte sin asomo de ironía si la sigo queriendo todavía, si a pesar de todo, a pesar del paso de los años y la erosión de la carne, la rutina de nuestro matrimonio y sus adulterios reiterados, añadido, la quiero todavía. Mucho, respondo, cada día más. Y confesarme, sin parpadear, que ella también me ama cada día más. Cerrar los ojos y quedarse dormida debajo de mí es una consecuencia lógica de la conversación mantenida. Dentro de un rato se activará de nuevo y me obligará a seguirla para preparar la cena y reunirnos alrededor de la mesa con nuestros hijos. Como cada noche.

Nos sentamos a la mesa para escuchar nuestras oraciones de todas las noches mientras consumimos lentamente los platos preparados por Ariana con mi pequeña contribución culinaria.

—Hoy han muerto quinientos rusos en un bombardeo de la aviación turca. La OTAN dice que ha sido por error.

Ensalada de zanahorias ralladas con salsa vinagreta, pechugas de pollo caramelizadas, compota de manzana verde.

—En el vídeo se ve un erizo salvaje en cautividad. Los niños lo mantienen encerrado en una habitación donde no hay un solo mueble.

Ariana preside la mesa. Yo me coloco a su derecha. Sofía se sitúa enfrente de su madre, a la que necesita atender todo el tiempo.

—Hay miles de goles en la historia del fútbol que son espectaculares y no han servido para nada.

Aníbal y Pablo se sientan juntos una noche más para poder hablar entre ellos, sin interferencias maternas ni paternas. Es la única hora en que comparten información recopilada durante el día sobre temas que interesan a los dos. Apenas se sobresaltan con los descubrimientos que ha hecho el otro, los reciben con naturalidad, como si pertenecieran a un orden común de cosas.

—Por más tipos de rojo que vea siempre pienso en el color rojo. Con el azul es ligeramente distinto.

Sofía y Pablo son nuestros hijos biológicos. De Ariana y míos. Gemelos. Aníbal es adoptado. Cuando Ariana y yo tomamos esta decisión no estoy seguro de que lo hiciéramos por las mismas razones, a pesar de que lo hablamos una y mil veces antes de solicitar la adopción. Ella buscaba completar una fotografía de familia que se le antojaba inacabada y ya no le parecía pensable remediar de otro modo con las mismas garantías de éxito.

—Desde el punto de vista de la neurociencia, la distancia entre la inteligencia de un aldeano analfabeto y un genio de la física es insignificante. Solo un poco superior al chimpancé y al ratón.

Aún no entiendo por qué acepté hacerlo. No veía la necesidad de tener un nuevo hijo compartiendo el hogar y adaptándose a las excentricidades de la familia. Al mismo tiempo, tampoco veía en nombre de qué podía negarme. Puedo reconocer que Ariana me convenció. O que supo proponerme que lo hiciéramos en el momento más oportuno. Cuando mi cerebro encontró en ello la solución a problemas de otro tipo que quizá no admitían, o no hallaban, otras respuestas más satisfactorias.

—Si te digo que me encanta la compota de manzana que has cocinado es porque mi cerebro, en realidad, quiere que te diga que te encuentro muy atractiva.

Así que dije que sí, que veía bien adoptar a Aníbal, pero no por ello dejé atrás las frustraciones de la edad, el empobrecimiento de mi vida sexual, la tortura intelectual de no haber hecho nada de provecho antes de los cuarenta, y los celos hacia Ariana, cada vez mayores. La tentación de separarnos y la fuerza para mantenerla a mi lado.

—Una amiga me ha enseñado en internet los cuadros y las fotografías de un artista ucraniano que amplía en gran tamaño imágenes de bacterias y microorganismos de todo tipo y las hace pasar por creaciones originales.

El problema es que Aníbal era un superdotado y no lo sabía-mos. Alguien cuya capacidad de adaptación a un entorno doméstico normal lindaba con el autismo. Y, sin embargo, había

conseguido desde su llegada establecer una relación de cariño y ternura con sus dos hermanos. Más con Pablo que con Sofía, desde luego. Pero se relacionaba con ambos, se comunicaba con ellos con regularidad y permitía que compartieran con él una parte de las actividades que ocupaban sus días e incluso, contra la voluntad de su madre, sus noches de actividad insomne.

—En Europa hay en este momento más del doble de viviendas vacías que de personas sin hogar. Más de 11 millones de viviendas para solo 4,5 millones de gente sin hogar. Solo en Francia son dos millones, en España un millón.

Miro a Sofía manejando el tenedor como si fuera un violín y, sin saber por qué, pienso en su futuro. La imagino casada con un patán engreído con un gran puesto directivo en alguna empresa tecnológica y cargando con un número excesivo de hijos y con un trabajo rutinario y todas las tareas de la casa encomendadas a ella, por defecto. Sofía solo se parece a su madre en el sexo, en todo lo demás es perfectamente diferente. Cualquiera diría que ni siquiera es su hija. Tal vez tampoco lo sea mía. Es lo de menos.

—La idea del silencio no tiene que ver con la ausencia de ruido sino con la distancia de los ruidos. Una masa de ruidos diferenciados situada a partir de un radio de treinta metros puede considerarse silencio. El silencio es imposible con un ruido único situado a menos de diez metros de distancia, por arriba o por abajo, a izquierda o derecha.

El efecto benéfico de las cenas en familia se deja percibir, sobre todo, al terminar, todos dedicamos unos minutos inútiles a permanecer juntos, una vez que hemos abandonado la tarea de trocear el alimento o masticarlo, y lo hacemos en silencio, con calma, mirando a nuestro alrededor sin un objetivo fijo, sonriendo levemente en el caso de cruzarnos con la mirada de alguno de los otros miembros sentados a la mesa.

—Se acaba de inaugurar en una galería de Londres la exposición de un artista político llamado Arno Wegener. Ha pasado tres años fotografiando toda clase de parásitos por el mundo y ahora muestra los resultados de su trabajo en una exposición

multimedia titulada *Lucha de clases*. Está teniendo mucho éxito. Colas interminables de gente ansiosa por participar en el acontecimiento como si fuera una revolución social.

Después de la cena, aprovecho para leer en el salón el correo postal del día. Ariana ha subido al dormitorio a ver la tele sola, un concurso de premios millonarios que la tiene fascinada por su mecánica compleja y los recursos singulares de los concursantes elegidos para superar las grandes pruebas de supervivencia económica que se les proponen durante las tres horas de emisión en directo. Cada uno de los niños se ha encerrado en su madriguera a continuar con las actividades inconfesables que interrumpieron antes de la hora de la cena. El correo de hoy se reduce a cinco envíos publicitarios, dos comunicaciones del banco y una carta misteriosa que es la copia perfecta de la misma que recibí el mes pasado y el anterior. Una carta cuyo contenido literal lleva repitiéndose, con solo cambiar la fecha, en los últimos dos años.

Hace siete años escribí un ensayo farragoso y fantasioso de más de cuarenta páginas titulado *El cerebro es Dios. Prolegómenos a una revolución cognitiva en la vida humana*. No se basaba en ideas del todo nuevas, pero estaban formuladas con tal convicción que sonaban verdaderas y, lo que era peor, desesperadas. Defendía en él, de un modo autodidacta y naïf, la necesidad de trabajar para evitar la producción de computadoras superinteligentes y la conveniencia de financiar programas de desarrollo de las habilidades y capacidades del cerebro humano. El ensayo se publicó, a pesar de que yo no era un experto en la materia, en una oscura revista científica (*Tabla Rasa*) de un minoritario departamento de la Universidad Paneuropea de Milhares. Excepto el comité académico de la revista, no creo que nadie más prestara atención a lo que afirmaba en él, con un discurso tan escasamente fundamentado como inexacto y categórico, sobre los riesgos de la superinteligencia artificial. Y mucho menos al cabo de tanto tiempo. Hasta que empezaron a llegar las cartas con una periodicidad sospechosa, cada tres meses el primer año, una al mes durante el segundo. «Estimado

Sr. Gabriel Espinosa: Nos complacería mucho que viniera a conocer las instalaciones de nuestro campus y del parque tecnológico en que se ubica. Sería para nosotros un gran honor recibirle como visitante. En caso de que acepte esta invitación, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros a través del email o los teléfonos que constan al pie de esta carta.» Etcétera, etcétera, etcétera.

Sonrío, sí. Por primera vez en todo el día, con todo lo que he visto y escuchado en todas esas horas vacantes, sonrío cuando guardo la carta ya clasificada (es la número dieciséis de una serie abierta) en el cajón superior derecho de mi escritorio, donde va a reunirse con el resto de la lamentable documentación sobre el caso. Eso me permite recordar que, en aquel sesudo ensayo, yo llegaba a especular con la urgencia moral de intervenir en el código genético para obtener seres humanos más inteligentes, y de morfología menos defectuosa, a fin de contrarrestar el imperio de las máquinas.

Cuando lo escribí, estaba harto de la filosofía, que era mi especialidad, lo que había estudiado desde el final de la adolescencia con una vocación y una dedicación dignas de mejor causa. Había llegado a la conclusión tardía de que la filosofía no correspondía, ni por su lenguaje ni por su método ni por sus metas, a ninguno de los sueños que los seres humanos habían deseado ver realizados sobre la Tierra. Cuando esta verdad se me impuso donde se impone todo, en los sentimientos, las emociones, los afectos, las sensaciones, es decir, en la piel y en las entrañas, cuando dejé de creer en las verdades de la filosofía, o me parecieron falacias e infundios de gran calibre, mitos intelectuales para distraernos de la esencial ineficacia de nuestra mente, todo se desplomó en mi vida, excepto el amor de Ariana y la posibilidad de reinventar la vida a través del amor de una mujer extraordinaria como ella.

Entro en el dormitorio y la televisión está encendida. Ariana se ha quedado dormida encima de la colcha, abrazada a su tableta electrónica, en la que debía de estar consultando datos necesarios para poder concluir la jornada con la sensación de que había

sido provechosa y no, como todas, una pluscuamperfecta inutilidad. Apago la televisión sin mirar siquiera lo que están poniendo, prefiero ignorar qué concatenación de ideas e imágenes la condujeron a ir retirándose de la pantalla televisiva para concentrar su atención en la pantalla operativa de la tableta antes de sucumbir al gran tema de la mente humana. El aburrimiento.

La desnudo con mimo, desprendiendo las escasas prendas que había decidido conservar, y la ayudo a meterse bajo las sábanas en su parte de la cama. Sé que mañana me reprochará que le haya permitido acostarse sin cepillarse los dientes. Prefiero no desvelarla y soportar luego, durante gran parte de la noche, su adicción a la pantalla luminosa y sus informaciones imprescindibles. Sería ella la que me desvelaría de nuevo a mí.

Ya en el cuarto de baño, me miro al espejo y observo con detenimiento las nuevas arrugas que han puesto cerco a mi boca y a mis ojos. El ejército enemigo avanza minuto a minuto, asediando las zonas más vulnerables, y mi piel es la principal víctima de sus victorias. Con el cepillo raspando a fondo las encías y el marfil de la dentadura, dedico un par de minutos a pensar en lo que estarán haciendo los niños, refugiado cada uno en su cuarto huyendo de la catástrofe familiar.

En cuanto me meto en la cama y adopto la posición lateral de siempre, intuyo que tardaré en dormirme o que no pegaré ojo en toda la noche, como suele ocurrirme, mi cerebro se ve inundado de trozos de ideas sueltas y recuerdos vagos y fogonzos de frases absurdas e imágenes que lo mantienen hiperactivo a una hora en que debería tender a desconectar de la realidad de este lado, apagarse para descansar, sumirse en otro régimen más gratificante, dejarse inundar por la marea roja, aceptar su desaparición, eclipsarse.

En medio de este debate estéril, tomo la decisión de escribir un email mañana sin falta a la Universidad Paneuropea de Milhares rogándoles que no me envíen más cartas invitándome al campus. No pienso aceptar nunca.

Cierro los ojos al fin sin saber si los volveré a abrir alguna vez.

La vida es un error.

La mía, al menos, lo es sin discusión.

Un error total.

Me despierto sudando y aún no sé si estoy vivo o muerto.

Ariana respira pesadamente. Recuerdo que durante la noche han pasado cosas. Me eché encima de ella o ella se abalanzó sobre mí. A mí me rechinaban los dientes y ella se había olvidado de cepillárselos. La penetré con ganas. Nunca me ha gustado penetrarla, desde la primera vez. Es un gesto que me pone nervioso e incómodo. Siento que abuso de mi fuerza. A ella, en cambio, le encanta la penetración. La hace sentirse viva, eso me ha dicho en alguna confesión nocturna, ser penetrada es un modo de participar de una fuerza que la traspasa literalmente, desborda el mundo del cálculo y la rutina, la arrastra a otro nivel de conciencia de sí.

Hoy me toca llevar a los niños al colegio. Aníbal se sienta atrás para poder consultar su móvil sin intrusiones. Sofía a su lado, intentando fisgar en las búsquedas de su hermano adoptivo. Pablo a mi lado, como casi siempre cuando su madre no nos acompaña, aprendiendo los gestos necesarios para dominar los mandos del coche y leer las señales correctas, como nos dijo un día, para ser un buen conductor.

No llevamos ni un kilómetro cuando se desata la tormenta cerebral.

—Una parte de los profesores del colegio están asistiendo a un seminario donde se les enseña que el álgebra y la lengua son disciplinas inútiles.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho una profesora que asiste. La señorita Peñalver. Está escandalizada.

—Ya veo. ¿Y por qué te lo ha dicho a ti?

—¿Y por qué no?

Aprovecho la parada en el semáforo para mirar por el retrovisor y descubro a Aníbal más concentrado de lo normal en el contenido de la pantalla de su móvil.

—¿No habrás vuelto a las andadas?

No se molesta en responder. Levanta la mirada de la pantalla un segundo y me guiña un ojo con picardía impropia de la edad. Trece años cumplidos. Prefiero no saber qué atrae su atención en este momento. Hace unos meses, espiando el historial de sus conexiones descubrí su interés por los cuerpos transexuales. Su interés particular por una de ellos: Mary Jane Kipple. Así se hacía llamar el hombre hembra que mantuvo abducida la mente de mi hijo Aníbal durante semanas. Una estrella angelina que se ofrecía desnuda en su webcam y donaba a los incontables fans de su belleza de morena puertorriqueña, a cambio de una suscripción barata, breves videoclips de sus actuaciones más calientes, donde se la veía masturbándose en un sofá o follando con jóvenes sementales, con otros transexuales y con chicas libertinas, o lavándose a fondo sus partes íntimas en la ducha. Aníbal estaba intrigado con esa anomalía psicósomática y se conectaba cuarenta veces al día para vigilar sus actividades privadas. Ariana intervino con rudeza, cuando se lo dije, horas después, culpándome de cobardía o debilidad, y canceló su acceso a internet durante una semana. El odio de Aníbal hacia mí, no hacia su madre adoptiva, era exponencialmente superior a su pasión por la transexual californiana.

—El erizo enfermo está encerrado en un cuarto sin ventilación. No le dan agua ni comida. Lo graban todo con una cámara, hora tras hora, y suben los vídeos a internet todos los días. ¿Quieres verlos?

En ese tiempo Aníbal me transfirió su morbosa curiosidad por la anatomía transexual y su peculiar flexibilidad en las relaciones eróticas.

—Los transexuales están convencidos de que pueden ofrecerle al hombre heterosexual mucho más que las mujeres. Un suplemento innombrable pero eficiente.

Con su perspicacia habitual, Ariana se dio cuenta enseguida de mi fascinación malsana, no le hizo falta esperar al momento de audacia y descaro en que le pregunté, por primera vez, si podía penetrarla analmente.